

¡Cuidado con el perro!

Liliana Cinetto

Ilustraciones de O'Kif-MG

PRÓLOGO

¡CUIDADO CON ESTE LIBRO!

Les voy a advertir muy seriamente. Yo no suelo escribir prólogos, por múltiples razones. La primera, por pura inhibición. Cuando un libro me gusta y el autor me pide que se lo prologue, suelo cohibirme de tal modo que acabo no complaciéndolo. Si el libro es tan bueno, para qué demonios me necesita a mí. Además, cómo escribir un prólogo sin hacer el resumen o anticipar la almen- dra del asunto en cuestión. En fin, cosas por ese estilo, que a lo mejor no son más que sub- terfugios de la envidia. El final es que quedo muy mal con ese amigo, o con esa amiga. Todavía si el libro es un fiasco... Pero tam- poco. Cómo voy yo a comprometer mi pres- tigio planetario escribiendo cualquier cosa,

por hacer un favor. Así que, por unas razones o por otras, yo nunca escribo prólogos.

Entonces, ¿por qué estoy escribiendo éste? Pues por una razón puramente humanitaria. Porque lo considero un libro altamente peligroso y es mi obligación advertir de las fatales consecuencias que puede acarrear su lectura. Por eso y nada más. Ahora les explico.

De modo y manera que un mocoso de edad indefinida se muere de ganas por tener un perro. Contra los sabios y justificados criterios de sus papás, se empeña en tener un perro. Y no para hasta salirse con la suya. Encima el perro, no vean qué perro... Y todo lo que viene detrás. Una auténtica catástrofe. ¡Con lo bien que estaba esa familia sin perro! Si el ejemplo cundiera, ¿se imaginan un mundo con tantos canes como niños caprichosos y padres débiles? No cabríamos ya en el planeta. Y con lo que ensucian los perros, lo que atan y lo que...

Bueno, espero que no se me haya notado demasiado que yo nunca tuve un

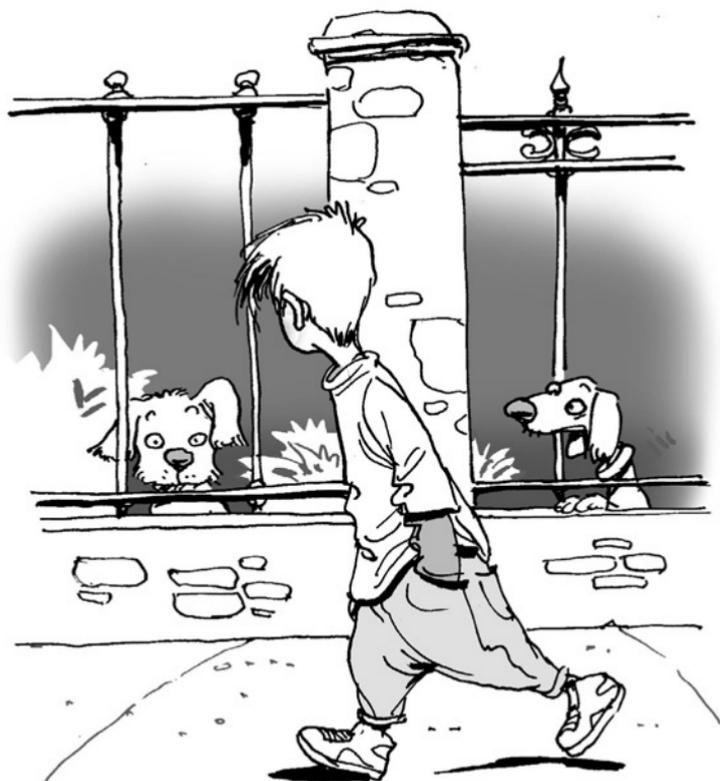
perro. Y que no supe arreglármelas para conseguirlo, como sí el personaje de este cuento. Y que me ha gustado tanto —el libro y el perro—, que ya es como si tuviera en mi casa a este Diminuto, que así se llama el ejemplar, que hace todas esas deliciosas perrerías que dan sentido a esta palabra, pero además... Bueno, no les cuento, porque tampoco voy a hacerle esa faena a mi amiga Liliana Cinetto, por mucho que me haya gustado su historia y por mucha envidia que me dé. Así que sin más les transmito el descubrimiento de una nueva estrella de la perrería universal. Es este Diminuto entrañable, imprevisible, amoroso, simpático... Dicen que todos los perros acaban pareciéndose a sus amos. Éste tiene suerte. Porque parecerse a Liliana Cinetto no es ninguna bagatela. Se los digo yo, que de eso, de *cinettismo*, algo entiendo. Y les aseguro que una de las mejores cosas que me han pasado en la vida es escuchar sus cuentos, teniendo que hacer grandes esfuerzos para no partirme de risa o no

quedarme irremediabilmente prendido de alguna emoción indescriptible.

(De todas maneras, si están decididos a nunca tener un perro, ¡no lean este libro!).

ANTONIO RODRÍGUEZ ALMODÓVAR
Sevilla, 2000

¡Cuidado con el perro!



CAPÍTULO 1

En el que empiezo a contar esta historia exactamente por el principio

Me llamo Federico y siempre viví en este barrio antiguo de casas con jardines y calles empedradas, donde los chicos juegan a la pelota y andan en bicicleta, los vecinos se conocen desde siempre y se saludan todos los días, las señoras barren la vereda y todos duermen siesta los domingos...

A mí me encantaba mi barrio y era casi feliz viviendo en él. Digo casi, porque todos en mi barrio tenían un perro, menos nosotros.

Mi amigo Pablo, que vivía al lado, tenía un pastor inglés que se llamaba Pelos, porque era tan peludo que si uno no lo miraba con atención no se sabía dónde tenía la cabeza y dónde, la cola.

Mi otro amigo, Mateo, que vivía enfrente, tenía un bulldog con el hocico

arrugado y cara de malhumorado, pero mimoso como un gato. Y mi amigo Pancho, que era un poco regordete y bastante glotón, tenía un perro salchicha, regordete y glotón como él. Además, estaban el ovejero alemán del señor Domínguez, que siempre tenía manchas de grasa porque su dueño era mecánico de autos; el dóberman de la familia Mariani, que era negro como una noche sin luna y, aunque parecía más bravo que un león hambriento, era manso y juguetón, y lo único que había mordido una vez había sido mi pelota de fútbol, que cayó, sin querer, cerca de su cucha. Y la caniche de la señorita Díaz, a la que su dueña, que era solterona pero no tenía el carácter avinagrado, ponía moños de colores en la cabeza. Y el collie de los Andretti, al que le gustaba que sus dueños le cepillaran el pelo con un peine con forma de tenedor. Y el pekinés de la abuela Sara, que se ponía todas las tardes en la ventana a espiar a los vecinos que pasaban por la vereda, mientras su dueña tejía. Hasta el carnicero tenía un perro, raza perro, que

siempre estaba mordisqueando un hueso en la puerta del negocio.

Todos tenían perro, menos nosotros, y aunque yo había insistido ciento cincuenta y seis mil veces en mi casa (porque si hay algo que yo sé hacer bien es insistir), nunca me habían dado permiso para tener uno. Había pedido un perro como regalo para Navidad, para los Reyes Magos, para el día del Niño, para cada uno de mis nueve cumpleaños (en realidad tengo diez años, pero en el primero todavía no sabía pedir perros) y cada fin de año, cuando pasaba de grado y traía un boletín lleno de excelentes, te felicito, sigue así, adelante... Pero nada.

En mi casa el único que quería un perro era yo, y siempre me decían que no podíamos tener uno, con una lista larga de explicaciones. Papá me decía que los animales necesitan lugar y que la casa era chica, que el jardín era chico, que el patio era chico, que la terraza era chica... No eran muy variados los argumentos de mi papá. Mamá era más creativa: que un perro te ata, que

requiere de cuidados, que hay que ocuparse de la comida, de las vacunas, del baño, de los paseos, de las pulgas... Y mi hermana Carolina, que para tener quince años es una cascarrabias insoportable, decía que ni loca quería un perro porque los perros le daban alergia y la hacían estornudar (en realidad, a mi hermana todo le da alergia y la hace estornudar), y que, si a esa casa entraba un perro, ella se iba. Voy a ser honesto, yo acepté cambiar a mi hermana por un perro, pero mis padres no estuvieron de acuerdo.

De todas formas, yo seguí insistiendo, porque, como ya les dije, si hay algo que sé hacer bien es insistir, y apelé a todos los recursos. Primero intenté sobornar a mi hermana para que se aliara conmigo. Le propuse lavar los platos de la cena, hacerle la cama todos los días y limpiar la biblioteca, tareas domésticas que le corresponden a ella y que odia, a cambio de que aceptara tener un perro. Aunque era un trato muy interesante, mi hermana no supo apreciar el valor de mi

oferta (porque es una cascarrabias), y me contestó que no, estornudando tres veces.

Después, probé convencer a mi mamá prometiendo que yo y sólo yo me encargaría del perro y que ella no tendría trabajo extra. Prometí llevarlo a pasear tres veces por día, prepararle la comida, bañarlo todas las semanas, encargarme de las vacunas y sacarle las pulgas. Le di mi palabra de honor para impresionarla. Pero mi mamá no se impresionó. Me dio un beso y me explicó que tener un perro es una responsabilidad, que yo no lo entendía porque no tenía edad suficiente, pero que después me iba a dar cuenta y me iba a arrepentir.. No sé cuántas cosas más me dijo, porque mi mamá es muy creativa para dar explicaciones.

Por último fui con mi papá y le hablé de hombre a hombre. Le dije que si la casa era chica, el patio era chico, la terraza era chica y el jardín era chico, la solución era tener un perro chico. Mi papá sólo me contestó que no y punto, porque, como ya les dije, él no es tan creativo como mi mamá para dar explicaciones.